

P. MANUEL REVUELTA GONZÁLEZ, S. I.

ANTONIO PÉREZ, S.J.



(Población de Campos (Palencia) el 01/01/1936-Salamanca, 16.07.2019)¹

Llegué a Salamanca el 14 de junio (2019) y subí a la enfermería a visitar a Manolo. Tenía en el ordenador una página con letras de gran tamaño.

—Mira, estoy escribiendo mis memorias.

Todos los días las leíamos un rato para corregir entre los dos las erratas. Llegó al homenaje que le ofrecieron en su pueblo, Población de Campos, el 16 de agosto de 2018. Tenía ya copiados los discursos. Los leí en voz alta. Me miró y dijo:

—Demasiado.

Al día siguiente:

—Los borré. He terminado. Así:

«A finales del mismo mes de agosto, estando de Ejercicios en Salamanca, me desvanecí en el comedor. Me llevaron a Madrid. El 5 de enero del 2019 regresé a Salamanca, donde me operaron, quitándome buena parte del estómago. Estuve dos días en la UVI y pasé a planta. Ahora estoy en la enfermería de nuestra casa, muy bien cuidado. Estamos en manos de Dios».

Conozco el estilo de Manolo, esta forma —*estamos*— no se refiere al género humano, sino a sí mismo. Es un *plural de modestia*, de pueblo, castellano.

¹ Por Antonio Pérez García SJ. Necrológica publicada en *InfoSJ* el 20.07.2019.

Lo usaba en la conversación cuando hablaba de sí, en lugar de «*estoy*» o cualquier otro verbo en primera persona. *En esas manos* murió.

Las Memorias atestiguan que vivió *en ellas* desde niño. Cuentan hechos —costumbre y manera historiador—, los hechos sencillos de un hombre sencillo; pero el relato se rompe continuamente para dejar ver el mucho dolor que le costó avecindar su vida en esas manos, y las seguridades que tuvo que abandonar para arriesgarse en ellas. No fueron momentos puntuales, sino del dolor constante de su historia completa.

—No lo parecía.

—Pues fue así. Y la impresión de hondura que daba su sencillez, era por eso. Las Memorias dan cuenta de una vida seria con Dios; fiel. Y también dulce. Desde el 14 de junio hasta la víspera de su muerte pasaba yo un rato en su cuarto, rezábamos el rosario en la solana de la enfermería, merendábamos y dábamos un paseo corto por la galería del tercer piso. Los primeros días bajábamos al jardín. Se apoyaba en un bastón pequeño, que le hacía encorvarse. Le dije que le buscaría otro, pero lo rechazó.

—Este es el de mi madre.

Cuando esta se quedó sola en el pueblo la trajo a Madrid, a una residencia. Escribe:

«En el verano de 2015 la visité todos los días. La paseaba en silla de ruedas por el jardín o por los pasillos de la residencia. Una vez, abrazado a ella le dije: “Cómo quiero yo a esta mujer”. Y ella me respondió: “Y yo, a este niño”».

Manolo era hijo único.

Pasó el examen de reválida el 24 de junio de 1953, con premio extraordinario. Recuerda:

«Las vacaciones comenzaron con el trauma de manifestar a mis padres mi decisión de hacerme jesuita. Pasaba el tiempo y no me atrevía a decírselo a mis padres. Tenía demasiado respeto a mi padre y temía su reacción. Alguna vez me preguntaba qué iba a estudiar. Sacaba entonces a relucir las posibles carreras, abundantísimas; pero yo daba la callada por respuesta. Incluso mi madre me preguntaba, cuando paseábamos, después de cenar, por el pueblo, haciendo siempre una parada en la ermita del Socorro».

El 5 de agosto, día de la Virgen de las Nieves, declaré al fin mi intención. Mi padre me preguntó por las carreras. Al preguntarme si quería ser jesuita le dije que sí. Mi madre estaba dormida en la cama turca del comedor pequeño. Se despertó y mi padre le dijo: «Tu hijo dice que quiere ser jesuita». Se echó a llorar. Mi padre reaccionó estupendamente en aquel momento. Vino a decirme que no se oponía a mis deseos, que lo importante era que siguiera el camino que más me gustaba.

Después vino el contraataque. Fue en la era. Me hizo ver las dificultades que implicaba mi decisión, sobre todo siendo hijo único. Por él podía hacer lo que quisiera, pues se iba a morir pronto. «¿Pero qué va a ser de tu madre, que está enferma?». Para ser bueno no se necesitaba hacerse religioso, y me ponía algunos ejemplos. Sus razonamientos tenían fundamento, pero no me convencieron. La vocación es un verdadero enamoramiento; y las razones no valen para un enamorado.

La noticia de que quería hacerme jesuita se fue extendiendo por el pueblo, e incluso por la comarca, como dijo don Jesús San Martín en su discurso, cuando fui recibido en la academia palentina. Para muchos era una decisión desacertada e incomprensible. Mi tío Melanio intentaba disuadirme: «Dios da bragas al que no tiene culo». Mi tío Leandro decía: «Si es verdad lo que crees, menos mal, pero si no, buena la has hecho». Mi tía Evelia, de Castrillo, veía explicable mi decisión porque era bueno, listo y rico. Lo último lo decía con cierto retintín. Mi abuela se lamentaba: «Ay, este Manolito, que va a dejar a sus padres». Doña Julia Casado, que había sido maestra de mi madre y era muy devota, la escribió felicitándola. También escribió una carta muy comprensiva a mi padre su amigo Alfonso Aguado, que entonces vivía en Las Palmas y llegó a ser gobernador militar de Palencia. Mi madre sufría en silencio. Entraba todas las noches en mi cuarto a darme un beso. Yo me hacía el dormido, pero le oía decir: «Hijo, hijo, hijo». Me ayudó mucho la oración, intensa y sentida, en aquellos días. Me daba grandes paseos por campo, rezando desde el fondo de mi corazón: Señor, si no fuera por ti, esto no lo haría por nada del mundo.

El 3 de octubre de 1953 fue el día designado para ir al noviciado de Salamanca. Mi padre había dicho que no quería despedidas. Solo estuvo presente mi abuela. Mi madre quedó en el pueblo desconsolada. Al salir del pueblo yo también lloré. De Valladolid a Salamanca fuimos en un coche de línea. Mi padre fue fumando todo el tiempo. Llegamos a un garaje que había al lado de la Clerecía. Al llegar al edificio mi padre me dijo:

— Manolo, mira qué puertas tan grandes para que te escapes.

En 2003 celebré en Cantoblanco los 50 años de mi entrada en la Compañía. Creo que conviene recordar la homilía que tuve entonces, pues resume bien el significado de mi vocación y responde, de alguna manera, a las dudas y vacilaciones que no han faltado. Decía lo siguiente:

La celebración de unas Bodas de Oro encierra dos significados. 1º: el recuerdo de lo que pasó hace 50 años, en nuestro caso, la entrada en la Compañía en 1953, punto de partida para una vida nueva; y 2º: la continuidad de esa forma de vida mantenida a lo largo de 50 años, en nuestro caso, medio siglo vivido en la Compañía. No voy a recordar los cincuenta largos años de mi vida de jesuita.

Así que voy a limitarme a reflexionar sobre el cambio realizado en mi vida hace cincuenta años.

Fue un hecho singular, que cambió el rumbo de nuestra existencia. Todo lo que había de venir después, quedó marcado en esos días decisivos del verano del 53. Así como hay un pecado original que, según dicen los teólogos, impregna nuestra condición humana colectiva, hay también, creo yo, en la historia individual de algunas personas, momentos de gracia original en los que Dios infunde sentido a toda la existencia. En el verano de 1953, sucedió para mí —y para mis compañeros— ese momento de gracia. Momento de invitación y respuesta.

Me es grato recordar aquí y ahora la decisión que tomé hace 50 años. Todo lo que yo haya podido hacer después son simples etapas de la ruta que tomé en ese momento inicial. Las clases que he dado, los sermones que he predicado, las páginas que he escrito, son acciones secundarias al lado de aquella decisión. Tan importante fue aquel momento de mi vida, que en él encuentro respuesta a mis dudas y desolaciones. Cuando compruebo que me he quedado a medio camino en mis ilusiones, y que la realidad no es tan hermosa como me imaginaba; cuando me pregunto si habrá merecido la pena meterme en esta barca y surcar este mar, siempre encuentro una respuesta convincente: entonces hice lo que debía hacer. Entonces respondí a lo que el Señor me pidió de manera clara y penetrante. No importa que en la respuesta que di hace 50 años hayan podido influir las circunstancias históricas de aquel momento. Había un ambiente de alta espiritualidad en el colegio San José de Valladolid, donde la religión entraba por todos los poros; una Compañía de Jesús pletórica; unos jesuitas atrayentes que sabían por dónde se andaban; un clima de piedad lleno de arrebatos sentimentales. Tiempos de posguerra austera y exaltada, en la que surgían vocaciones a borbotones. Todos esos condicionamientos históricos influyeron indudablemente en mi decisión. Pero no los veo como elementos ofuscadores de la verdad, sino como instrumentos de la Providencia con los que el Señor reforzó la llamada que me hizo. Él golpeó entonces los oídos de mi alma, y me dio la fuerza suficiente para decir que sí. Hice lo que tenía que hacer. De ello me felicito. En ello encuentro seguridad.

Después de dar gracias a Dios por la vocación y a la Compañía por los años de formación, mi acción de gracias se centró en mis padres, pues estaba mi madre presente. Así que continué:

Gracias a mis queridísimos padres. Tengo la inmensa fortuna de tener presente aquí a mi madre. Si no fuera porque hay que obedecer a Dios antes que a los hombres, debería pedir perdón a mis padres por lo mucho que les hice sufrir. Ellos han padecido mi vocación. Yo marché contento, pero ellos quedaron llorando, aunque no les faltó la ayuda y compañía de los familiares, como las primas que hoy nos acompañan.

Mis padres —nuestros padres— nos dieron tres grandes lecciones que hay que agradecer. 1º: Actuaron como verdaderos cristianos, con ese cristianismo recio y coherente, que admite las cosas cuando Dios lo quiere. 2º: Respetaron mi libertad. Aunque eran tiempos de dictadura y todavía no había surgido la democracia, mis padres no impidieron que yo siguiera libremente el camino que elegí, aunque

rompía todos los planes que se habían forjado sobre su hijo único. Cuando me dejó mi padre en el noviciado de Salamanca me dijo: “Manolo, mira qué puertas tan grandes para que te escapes”. Era como decirme: “Tu madre y yo queremos que vuelvas con nosotros, pero si lo que quieres es quedarte aquí, sigue tu camino y que Dios te bendiga”. 3º: Mostraron el verdadero amor de padres, lleno de generosidad, sin mezcla de egoísmo.

Esta celebración tiene un deje de melancolía, pues es el paso a la tercera edad. He aquí, amigos, que nos hemos hecho viejos sin darnos cuenta. Nos vemos metidos, de golpe y porrazo, en el arrabal de senectud. En este momento, cuando uno está más cerca de la noche que de la mañana, quiero acabar aprendiendo y pidiendo.

¿Aprender qué y de quién? Aprender de mí mismo, del joven que uno era hace 50 años. Este hombre de 67 años tiene mucho que aprender de aquel muchacho de 17 años, que salió de Población de Campos para hacerse jesuita. Como decía mi amigo Goyo: «Entonces sí que éramos buenos». Pues sí. Teníamos las grandes virtudes juveniles que tanta falta nos hacen a los que peinamos canas: el desprendimiento, la docilidad a la llamada, la generosidad, el amor apasionado a Jesucristo, el seguimiento radical, el entusiasmo por «la mayor gloria de Dios y ayuda de las ánimas».

Acabo pidiendo al Señor dos cosas, con dos frases del evangelio: «Acuérdate de mí cuando estés en tu reino». Acuérdate de nosotros. No hace falta que te acuerdes de lo que hemos hecho a lo largo de estos 50 años. Pero no olvides la respuesta que te dimos hace 50 años cuando éramos jóvenes y animosos. Y puesto que estamos entrando en el atardecer de la vida, te pedimos, por último, como los discípulos de Emaús: «Quédate con nosotros, Señor, porque anochece».

A su nota de Reválida —«en la que le quité a Goyo Ruiz el premio extraordinario de bachillerato, por medio punto; cosa que él nunca me perdonó...»— sigue en la Compañía y en la universidad civil un expediente brillante: licenciatura en Filosofía por Comillas (Santander), licenciatura en Historia (en la Universidad de Santiago de Compostela) licenciatura en Teología (en Frankfurt), donde se ordena de sacerdote el 14 de julio de 1966; Doctorado en Historia en la Complutense de Madrid.

Explicó Historia en Comillas (Madrid) de 1968 a 2006, simultaneándolas con las de la Complutense (1976-1985) y Deusto (1970-1974), y con su actividad como conferenciante y profesor invitado para cursos breves en varias universidades:

«Otro de los cometidos de mi profesión de historiador fueron las muchas conferencias. Es imposible recordarlas a todas. Generalmente salían publicadas en las actas o libros colectivos correspondientes.

Las conferencias unas veces eran en ciclos sobre una materia determinada. Otras eran conferencias sueltas. Los ciclos de conferencias solían cansarme. Entre los que recuerdo por su especial significado están las que se

celebraron en el colegio María Cristina El Escorial, bajo la convocatoria del P. Miguel Ángel Orcasinas, buen historiador, que llegó a ser general de los agustinos. Asistí a las conferencias II y III. El P. Díaz de Cerio me aconsejó no utilizar epítetos en mis charlas. Entre los ciclos más sonados fue el VII Coloquio de Historia Contemporánea dirigido en Cuenca por Manuel Tuñón de Lara en 1991. También importante el ciclo organizado por la Universidad de Alicante sobre Iglesia, Sociedad y Estado en España, Francia e Italia, siglos XVIII y XIX. En aquella ocasión el P. Xavier Barcón, siempre tan generoso, me invitó a una mariscada apoteósica. En Santander, Menéndez Ureña y Pedro Álvarez organizaron un brillante congreso sobre librepensamiento y secularización en el palacio de La Magdalena.

Entre los ciclos es obligado recordar el curso que di en México en 1992 a un curso de postgraduados que me encargó el P. Plazaola. Era la primera vez que cruzaba el charco, y tuvo para mí un recuerdo muy especial. Se portaron muy bien conmigo los padres Soto Hay y González. Me sorprendió la devoción a la Virgen en Guadalupe; y hasta hice mis investigaciones sobre la familia Pesado y Mier, este de familia palentina. Lo peor fue que el día antes de volverme a España me dio un terrible ataque de próstata. Me alivió el doctor Vip, que quiso operarme en México, aunque yo lo dejé para España.

Los últimos ciclos de conferencias tuvieron por objeto el restablecimiento de la Compañía. Se celebraron los congresos de Bogotá en agosto de 2013, México en noviembre del mismo año, Roma en diciembre de 2014 y Madrid en mayo de 2016. Todos han publicado sus actas, excepto el de Madrid. Hay que recordar los ciclos de conferencias, más bien clases, en las semanas de teología de Comillas o Monte Corbán, y las de los tres congresos de Historia de Palencia, de que luego hablaremos.

Las conferencias sin formar parte de ciclos son innumerables. Recuerdo las muchas que dí cuando los colegios más antiguos cumplieron sus centenarios, por ejemplo, los de Madrid, Valladolid, Gijón, Villafranca de los Barros, Valencia y Palma de Mallorca, que fue el más solemne y mejor organizado gracias a Monserrat y Bernardo Obrador, que publicó con ese motivo un libro espléndido. Para celebrar el centenario del descubrimiento de América fui nombrado por el rector Rodríguez Izquierdo representante de la universidad Comillas. No hacía falta preparar conferencias, sino que bastaba la presencia. Yo aproveché la ocasión para ir a Granada, Guadalupe y sobre todo Canarias. A otras ciudades me sustituyó el P. Santos. A parte de los ciclos organizados con motivo del bicentenario, éste se celebró en ciudades sueltas. Recuerdo que estuve en Bilbao, Vitoria, Pamplona, Sevilla, Madrid-Maldonado y La Coruña. El tema de las reducciones tiene su

gancho, y yo estuve hablando de las mismas por lo menos en Córdoba, Bilbao y Villafranca de los Barros».

Y sus publicaciones. En el momento en que escribe este capítulo de sus memorias (11 de junio de 2019) los títulos publicados son 472.

Libros individuales, 20. Colaboración en libros colectivos, 83. Artículos en revistas, 89. Prólogos, 98. Artículos en diccionarios de Historia, 48. Reseñas, 134.

Creo que la figura intelectual de Manolo Revuelta justifica que en el comentario sobre estos escritos empleemos un espacio mayor que el acostumbrado en esta clase de semblanzas. Como historiador, Manolo no es solo una figura destacada dentro de la Compañía, sino en el panorama de la historiografía española. No sé si le importaba —mucho, no— no constan quejas tuyas, aunque sí de colegas y amigos. Es cierto que no ha tenido el reconocimiento que suele otorgarse a figuras de su significación. Cito de sus memorias: «En cuanto a la temática podemos distinguir los siguientes grupos.

1. POLÍTICA RELIGIOSA Y LA EXCLAUSTRACIÓN

Ya dijimos cómo la tesis fue publicada bajo el título de *Política religiosa de los liberales en el siglo XIX*. Fue muy bien acogida y mereció espléndidas reseñas. En el archivo de Alcalá puede verse la correspondencia que suscitó y las reseñas que la alabaron. Recuerdo que, para reforzar la tesis fui entonces por primera vez a Roma, donde encontré mucho material en el Archivo Secreto Vaticano. Hice el viaje con Lasa, cura donostiarra que acabó secularizándose, que hacía la tesis sobre Joaquín Lorenzo Villanueva. Dormí en su casa en Pasajes, y nos acompañó un amigo.

Con los fondos consultados en la tesis me lancé a escribir el libro de *La exclaustación*, resaltando no tanto la desamortización, de la que se hicieron entonces muchos trabajos, sino un hecho más doloroso para la Iglesia, que fue la supresión total de todas las congregaciones religiosas con la supresión de sus conventos. El libro se publicó en 1976 y, como el anterior, se agotó pronto. Pero no fue la BAC sino en CEU Ediciones, que lo reeditó en 2010 con ligeras variantes. En el prólogo de esta segunda edición recuerdo la buena acogida de la obra, como lo demuestran las casi treinta reseñas de las que tenemos noticia. Todavía hoy sigue siendo una obra de referencia obligada en los trabajos históricos sobre la política religiosa del siglo XIX y sobre la vida de las órdenes religiosas españolas y sus conventos.

El conjunto de las reseñas aludidas enfocaba la obra desde tres perspectivas: el contenido y estilo de la obra; su engranaje con la historia de la España contemporánea; y los mensajes y reflexiones que suscitaba en el lector. Los revisores, en general, se mostraron muy generosos con nuestro libro. Dijeron que era una obra fundamental e imprescindible. Se la presentaba como obra profunda, comprensiva, crítica, aleccionadora y amena; escrita con sinceridad y emoción, con valentía y rigor. Se elogiaba el orden con el que se había domesticado un material bravío, y el mérito de haber ofrecido una visión de conjunto sobre un tema que antes se había tratado de manera dispersa. Todos elogiaban su rigor científico, basado en una documentación en buena parte inédita. Y muchos extendían sus elogios a la agilidad del estilo y la viveza de la narración, a la manera de un gran reportaje. En una reseña se asegura que «el libro se lee como una novela». Pero en todo hay excepciones que confirman la regla, y el libro fue criticado, por la manera de interpretar la matanza de frailes, por Josep Fontana y Antonio Fernández.

2. LA HISTORIA DE LA COMPAÑÍA

Fue mi obra principal, de las que llenan toda la vida. El que me destinó a escribir la Historia de la Compañía fue el provincial de España, Pedro Ferrer Pi, en 1979. Su carta con el destino está en el Archivo de Alcalá. Meterse en una obra de esa envergadura significa entrar en un túnel del que no sabes cuándo vas a salir. Ocupa todo el tiempo y toda la vida. Los estímulos, por otra parte, fueron escasos dentro de la Compañía; al menos, no alcanzaron el nivel que yo esperaba. Tengo que constatar, sin embargo, que no faltaron recursos económicos en forma de ayudas a la investigación de la universidad Comillas. Yo seguí la historia que había dejado en 1868 el P. Lesmes Frías en sus dos tomos sobre la Compañía restaurada. Redacté una historia minuciosa y total, que exigía conocer todo lo que se había escrito sobre la Compañía Restaurada —que no era mucho— y además y sobre todo consultar todos los archivos disponibles de España y Roma.

Propiamente escribí cuatro tomos que llenan unas 4.500 páginas, bajo el título general *La Compañía de Jesús en la España Contemporánea*. Seguían los subtítulos. *Tomo I: supresión y reinstalación (1868-1884)*. Es decir, la supresión de 1868 y la reinstalación ya desde entonces, que fue muy complicada. Narra en este tomo los avatares externos de la Compañía con una minuciosa crónica de todas sus casas o comunidades, que a algunos

les pareció excesiva. El tomo II lo titulé: *Expansión en tiempos recios (1884-1906)*. Trata fundamentalmente de las vicisitudes externas de la Orden durante los tiempos del P. Luis Martín. El tomo III variaba de contenidos, pues se ocupa de las acciones apostólicas de los jesuitas en el mismo período, alargado hasta 1912, para incluir el apostolado social, bajo el título: *Palabras y fermentos*. En él se pasa revista al apostolado de la palabra (misiones populares y Ejercicios) y la cooperación de los seglares en las asociaciones (Apostolado de la Oración, Congregaciones Marianas, y círculos y sindicatos obreros católicos). Este tomo salió en 2008, después de morir mi madre, que siempre me decía: «Por mí no escribes el tomo III». Yo le respondía: «Ya he escrito bastante». Digo que hay que añadir un cuarto tomo, porque, con el mismo formato, dediqué lo que propiamente debería haber sido un capítulo del tomo III, dedicado a la pedagogía jesuítica, bajo el título: *Los colegios de la Compañía y su tradición educativa*.

La consulta de los archivos fue fundamental. En España trabajé fundamentalmente en Sant Cugat, Barcelona, Loyola y Alcalá de Henares. En los archivos de la antigua provincia de León-Castilla, ubicados entonces en Palencia, León y Villagarcía. En los archivos de Aragón y Bética en Granada, Valencia, Málaga, Córdoba, Sevilla y Puerto de Santa María. El archivo de la Curia de Roma (ARSI) es imprescindible, porque llena todas las lagunas de los archivos de España.

La primera vez que estuve en Roma, para trabajar en ARSI fue en 1979 y la segunda en 1988. Cada vez encontraba menos facilidades. Tengo muy grato recuerdo del veterano P. Lamalle; no tanto del P. Gramatowski. La última vez que estuve en Roma en el ARSI fue octubre de 2009, con motivo de un viaje para dar la conferencia inaugural de un congreso histórico de Agustinos al que me invitó el P. Orcasitas. No me dejaron sacar ni una fotocopia en nuestro archivo, con el pretexto de que no habían hecho el contrato con el fotógrafo. Volví a Roma inesperadamente con motivo del congreso celebrado en la Gregoriana sobre el restablecimiento de la Compañía en 2014. Los dos primeros tomos se presentaron en la Biblioteca Nacional. El último ni siquiera tuvo los honores de la presentación. Lamentable.

Mi obra es, pues, más minuciosa que la que ha escrito Schatz para Alemania, que llega hasta los tiempos actuales. La excusa es que durante el período que yo estudio, que son los 44 años que van de 1868 a 1912, se realiza la verdadera restauración de la Compañía contemporánea, con las casas y obras más importantes que hoy todavía perduran. Es, por tanto, obligado estudiar con todo detalle ese período. Todo lo demás es repetición o complemento. Para suplir de alguna manera esta deficiencia me remito a la colaboración en la Historia coordinada por Teófanos Egido, con la colaboración

de Burrieza. Yo no sólo escribí un buen resumen de los 150 de la Compañía Restaurada (1914-1965), sino también de la Compañía Renovada, desde la Congregación General 31 y el generalato del P. Arrupe, sin disimular sus crisis y pruebas. El título del libro es *Los jesuitas en España y en el mundo hispánico*, publicado en 2004 por Editorial Pons Historia y Fundación Carolina en el número 1 de la colección Ambos Mundos. Recuerdo que Teófanos me encargó la colaboración en verano de 1903, y quedó admirado de mi diligencia y del desarrollo que hice sobre un tema tan complejo.

3. GRANDES SÍNTESIS

Además de los libros de investigación pura y dura, como los anteriormente indicados, me pidieron colaboración para un género muy diferente: las grandes síntesis de alta divulgación para un público culto que desea ponerse al corriente de los problemas históricos fundamentales. Suelen ser síntesis para obras históricas de carácter muy general.

La primera colaboración fue la «La Iglesia española ante la crisis del antiguo Régimen (1812-1833)» en la *Historia de la Iglesia España* dirigida por el P. Ricardo García Villoslada en cinco tomos de la BAC maior. Era yo el designado para dirigir el volumen V, de la Historia Contemporánea, para el que logré la colaboración de Cuenca, Cárcel, Sanz de Diego, Valverde y Joaquín Luis Ortega, aunque por razones poco claras acabó dirigido por Cárcel Ortí. Para confeccionar el resumen hacía falta sobre todo una bibliografía muy completa. Me ayudó mucho la estancia en Sant Cugat, donde el P. Antoni Borrás estaba al cargo de una excelente biblioteca. Cuando salió el libro en 1979, Ricardo La Cierva ponderó la «magistral» colaboración de mi escrito mientras atacó duramente al de Cuenca. Piques típicos de estos dos historiadores, que antes habían tenido una reyerta periodística.

Considero excelentes síntesis las que me encargó José María Jover, por recomendación del P. Batllori, para la *Historia de España Menéndez Pidal*. El primer trabajo, «Religión y formas de religiosidad», salió en el tomo XXXV, dedicado a la época del Romanticismo. Se retrasó mucho su publicación, cosa propia en libros de varios autores, por culpa en este caso de Juretschke, que fue el prologuista. Al cabo salió en 1989. Quedé muy satisfecho del resultado, pues, además del texto, la obra luce buenas fotografías que recopilé con mucha ilusión. Díaz de Cerio, al leer la obra dijo: «hacen falta pantalones para hacer esa síntesis».

Años más tarde volvió Jover a invitarme para el tomo XXXVI de la misma obra, dedicada a la Restauración (1875-1902). Acepté encantado, pues era señal de que le había gustado mi colaboración anterior. La titulé «Las creencias», incluyendo entre las mismas al protestantismo, espiritismo y masonería. Se publicó en 2002, con prólogo de Guadalupe, esposa de Jover.

Omito las muchas colaboraciones sobre la Historia de la Compañía publicadas en libros colectivos, por ejemplo, el dedicado a Comillas. «De la Cardosa a Cantoblanco», en el libro del centenario de la universidad. Me reduciré solamente a indicar algunas colaboraciones dedicadas a la Historia de la Educación, tanto de la Iglesia en general como de la Compañía en particular. Colaboré, por ejemplo, en «La enseñanza de la Iglesia, una acción discutida y afianzada» en el libro del centenario de la Educación del Ministerio de la Educación, dirigido por Pedro Álvarez Lázaro. Sobre la educación jesuítica escribí en el volumen 3 del libro dirigido por Buenaventura Delgado Criado, *Historia de la Educación en España y América*; y en el volumen 2 de la *Historia de la acción educadora de la Iglesia en España*, dirigida por Bernabé Bartolomé. No quiero omitir, por la sinceridad que manifesté al escribirlo, mis vivencias autobiográficas en el libro *Felicidades Jesucristo* coordinado por Joaquín Luis Ortega en la BAC. Bajo el título de «Vivencias cristianas», redacté una confesión de fe en lo que Jesucristo ha significado en mi vida. Lo expresaba en cuatro suspiros: semilla, seguimiento, fidelidad y confianza. Otros autores expresaron su visión teórica de Jesucristo. Yo expresé mis sentimientos personales, que impresionaron a muchos.

4. LIBROS CON ARTÍCULOS

Otro género dentro de mis publicaciones, son los cuatro libros publicados reproduciendo, a veces con algunas adiciones o complementos, artículos inéditos o ya publicados. Los tres primeros recogen artículos de mi especialidad. El primero se titula: *La Iglesia española en el siglo XIX. Desafíos y respuestas* (2005). Se recogen varios artículos en nueve capítulos en cuatro partes: conflictos entre el Estado liberal y la Iglesia, dificultades y renovación del clero español, embates de la secularización y del anticlericalismo, y respuestas de la Iglesia por los distintos medios de evangelización, especialmente por la enseñanza. El epílogo prolonga los desafíos y respuestas hasta el siglo XXI.

El segundo libro está dedicado a la Compañía de Jesús, que entonces celebraba los 450 años de la muerte de Ignacio y 500 del nacimiento de Fabro y Xavier. Bajo el título *Once calas en la Historia de la Compañía de Jesús*,

«*Servir a todos en el Señor*» (2006), se recogen momentos fundamentales de la Orden, desde el ejemplo de San Ignacio hasta la renovación de la Universidad Comillas, pasando por los colegios, las congregaciones marianas, la expulsión por Carlos III, la controversia de los ritos chinos, la Compañía restaurada con sus cuatro supresiones en España, y la restauración en América y Filipinas desde España. El libro fue muy bien acogido y mereció elogiosas recensiones.

El tercer libro estuvo dedicado a Palencia. Sirvió para hacerme un pequeño homenaje en la universidad. Probablemente es el libro que he publicado con mayor gusto. En su presentación participaron Henar Pizarro y Rafael Martínez, delegado de cultura de Palencia. Como era año santo compostelano era obligado mencionar el Camino de Santiago, por lo que el libro se tituló *Historia y espíritu en tierras palentinas. Camino de Santiago y otros afanes* (2010). El Camino de Santiago se reduce a los cuatro primeros pueblos palentinos: Boadilla, Frómista, Población de Campos y Revenga. La segunda parte del libro se ocupa de la historia de la Provincia, en cuatro temas: religiosidad tradicional y disidencias, sindicalismo católico agrario, Antonio Monedero propagandista de los sindicatos, y el arte perdido y hallado en Palencia. El libro se abre con una dedicatoria muy pensada: «A la memoria de mis padres, Fortunato y Gregoria, que me enseñaron a amar la tierra y conservar la fe». Cuando se presentó el libro en San Zoilo de Carrión, el sacerdote Lanchares glosó aquella dedicatoria.

Todavía publiqué otro libro seleccionando artículos que planteaban algunas paradojas interpretativas, por eso lo titulé *Enigmas históricas de la Iglesia española contemporánea* (2017). Tanto este libro como el anterior contienen las listas de mis publicaciones publicadas hasta los momentos respectivos.

5. LIBROS SOBRE LA HISTORIA DE PALENCIA

Una de mis tres especialidades es la Historia de Palencia. Todo comenzó preparando la tesis. En ratos libres consulté los documentos de la Orden de Malta sobre la Bailía de Población, obteniendo magníficos resultados. Con ellos escribí el artículo, en el que se pasa revista a los 37 pueblos donde la Bailía tenía posesiones en la zona sur, más las 14 localidades de la zona norte (Montaña Palentina y Cantabria). De estos lugares, empezando por Arbejal, saqué 27 fotografías (alguna de una iglesia desaparecida como la de Monte en Santander) que ilustran el artículo. Como complemento de la

Bailía escribí otro artículo centrado en mi pueblo, «Noticias históricas de la ermita de Nuestra Señora del Socorro», con 16 fotografías, publicado en 1974, cuando se estaba restaurando la ermita.

Envié el artículo de la Bailía a don Jesús San Martín Payo, sabio canónigo palentino, que había sido amigo de mi padre, pues coincidieron en el seminario. Tardó un poco en contestarme, pero al fin lo hizo, suponiendo que era hijo de su amigo Fortunato. El artículo apareció en *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*. Don Jesús será siempre mi valedor. Hizo recensiones muy elogiosas de mis primeros libros y sin duda influyó en mi nombramiento de académico en La Tello el 4 de mayo de 1992.

Él tuvo el discurso de recepción, que no pudo pronunciar, pues murió unos días antes. Era un discurso al mismo tiempo elogioso y cariñoso, con el recuerdo expreso de mi padre. Lo leyó don Mariano Fraile, otro canónigo amigo. Sin duda influyó también en mi nombramiento Maritina Calleja, que entonces era Delegada de Cultura de la Diputación, presidida por don Jesús Mañueco. Seguramente influyó también en mi nombramiento mi charla en la Casa de Palencia para el ciclo que allí organizamos sobre nuestra historia. Mi aportación fue sobre «La configuración territorial de la provincia de Palencia en el siglo XIX», en la que se recorrían las vicisitudes sufridas por la provincia, cuando en 1822 se la quiso sacrificar repartiéndola entre Burgos, Valladolid y León. Añadí un documento muy significativo del palentinismo que ya entonces mostraron nuestros pueblos de todas las comarcas.

Las conferencias fueron publicadas por la Caja de Ahorros en 1982 con una introducción mía. Previamente la charla tuvo mucho éxito en la Diputación de Palencia y en Aguilar. También tuvo entonces varias charlas históricas en los pueblos. En Frómista, escogiendo dos momentos históricos, en Aguilar sobre la desamortización y sobre el arte perdido y hallado en la provincia, en Población sobre la restauración de la iglesia, en Carrión sobre el P. Navares y en Dueñas sobre don Antonio Monedero.

La Institución Tello Téllez de Meneses siempre representó muy bien la cultura palentina, por su revista y sus publicaciones. Fue fundada en 1949. Lleva el título del obispo don Tello, que convirtió los estudios generales de la Catedral en la primera universidad de España. A lo largo de su existencia el número de numerarios han sido 61. Hoy son 23. Al principio dependía de la Diputación Provincial, siendo su presidente también el de la Institución. En aquellos años el 30 de mayo se celebraba misa en el altar de San Fernando en la catedral, seguido de un ágape fraternal. Los primeros estatutos de 1949 recibieron alteraciones accidentales en 1977, 1983, 1988 y 2001. En el año 2012 se alteró sustancialmente el reglamento, para ajustarlo a lo dispuesto por la Junta de Castilla y León, para arreglar las academias científicas y

culturales de la Comunidad. Desde entonces se ha independizado de la Diputación y se ha secularizado (ya no se celebra San Fernando). Mantiene su titulación (familiarmente «La Tello»), añadiendo el subtítulo de *Academia Palentina de Historia, Letras y Bellas Artes*. La Diputación sigue apartando ayudas económicas, pero no corre con todos los gastos.

Mi discurso de recepción en La Tello versó sobre «Origen, ocaso y renovación de los conventos palentinos». Tengo la satisfacción de que estuvieron presentes mi madre y mis tíos. En La Tello he escrito muchos artículos en *Publicaciones* y pronunciado varias conferencias. Entre los artículos ya he destacado el que me documenté estando en México. Publiqué también muchas recensiones sobre bibliografía palentina, que no es cuestión de reseñar. Cuando hicimos el homenaje a don Felipe Ruiz Martín, me propuso nombrarme académico correspondiente de la Historia. Yo le dije que era mejor que se otorgase ese honor a quienes residían en Palencia y le propuse a Rafael Martínez y Faustino Narganes. Así se hizo. Por último, quiero recordar el apoyo del entonces presidente de la Diputación, Enrique Martín, que añadió 200.000 pesetas a la dotación de mi madre para restaurar el altar mayor de mi pueblo y el encargo de Rafael Martínez a la empresa Fénix Conservación, de Burgos, que lo realizó perfectamente.

Tomé parte en los tres congresos de Historia de Palencia, en los que hablé, sucesivamente, de tres de las actividades religiosas de la diócesis en tres momentos distintos: en tiempos del obispo don Juan Lozano, don Enrique Almaraz (1893-1907) y los prelados del reinado de Alfonso XIII. También colaboré en la *Historia de Palencia* dirigida por Julio González y en la dirigida por Pablo G. Colmenares».

Como lector quiero añadir que, en sus escritos históricos, algunos de los cuales recensioné, la cantidad inmensa de información nunca degenera en crónica, sino que trae a presencia ese modo de realidad que adquiere el tiempo cuando es humano y queda como mundo habitado por el hombre, la historia.

Viví con Manolo en Cantoblanco 26 años, el tiempo de su docencia y en el que escribió la mayor parte de su producción; nunca le vi agobiado por el trabajo, sino sereno, dueño de sí. Añádase su porte, tan sencillo, tan modesto, tan bien ponderado en todo, que era imposible imaginar una vida intelectual tan intensa y constante. Su espiritualidad también podría ocultarse detrás de una visible fidelidad, serena, casi escrupulosa —No; no tanto...— a las costumbres de piedad. Sé que no era eso, sino una situación de encuentro vivo, a ratos dramático, con Dios, ocurrido, sin embargo, dentro de los modos de su experiencia vocacional juvenil, y aun de las vivencias de una infancia de confiada fe. La forma definitiva la debe a su sacerdocio. Escribe:

«Estando en Madrid no faltaron ministerios; pero mi sacerdocio se ejercitaba en el apostolado científico». No se negaba —en ninguna manera— a ejercerse en el ejercicio de los ministerios sacerdotales directos mediante capellanías y Ejercicios Espirituales. «Al cumplir los 50 años de mi ordenación sacerdotal dejé claros estos sentimientos en estas palabras:

Sacerdocio al servicio de la Iglesia en la Compañía de Jesús. Sacerdote y jesuita. Me he sentido primero sacerdote, después jesuita. Sacerdote al servicio de la Iglesia en la Compañía de Jesús. Mi vocación sacerdotal fue lo primero. De niño jugaba a decir misa con casullas de papel. Yo entendía entonces por vocación sacerdotal el apostolado directo. Tanto que, una de las objeciones que puse al P. Espiritual Zaldívar para ser jesuita, es que podían mandarme a enseñar toda la vida. Yo quería ser misionero popular. Pensaba yo entonces como aquel “quico” que se enfadó conmigo por no poder ir a confesarlos en Semana Santa. Al decirle que estaba corrigiendo pruebas de imprenta me dice “¿Y cuándo evangelizas?”.

En el sacerdocio se evangeliza por los sacramentos y el ministerio de la palabra. En la Compañía se nos enseña a evangelizar de muchas maneras. San Ignacio y sus “amigos en el Señor”, entre los que estaba San Francisco Javier, expresan muy bien la pluridad del ministerio sacerdotal en las deliberaciones de 1539, en la “Formula Instituti”. Los primeros jesuitas se unen en Compañía bajo la bandera de la cruz (imitación de Cristo) bajo el romano pontífice, para atender al servicio de las almas y defensa de la fe, por medio de: predicaciones, ejercicios espirituales, obras de caridad y misericordia en hospitales y cárceles, confesiones. Sacramentos y ministerio de la palabra entendida de manera amplia, como un cheque en blanco al servicio de la Iglesia, trabajando en cuerpo, en compañía y en misión abierta, en cualquiera región incluso de turcos, o de Indias. San Francisco Javier ejemplo de sacerdote en los sacramentos y palabra. El brazo se le cansa de bautizar; pero cumple el ministerio de la palabra no solo predicando, sino también conversando, enseñando a los niños el padre nuestro y el credo, y en misiones diplomáticas siendo del embajador de Portugal o del nuncio del Papa, escribiendo cartas.

Esta dedicación del sacerdocio al apostolado científico, enseñando y escribiendo, no ha sido a veces bien interpretada...».

A veces sí; mucho. Durante su magisterio en Santiago de Compostela, los compañeros lo pasearon en hombros por los pasillos del Colegio Mayor, por haber obtenido matrícula de honor en todas las asignaturas. Cuando lo dejaron en tierra, le preguntó el P. Brandariz, director del Colegio.

—P. Revuelta, ¿Qué sentía usted cuando andaba por ahí arriba? ¿Orgullo?

—No, sino preocupación de que se ladease la sotana y se vieran mis pantalones rotos.

Durante el mes que le acompañé en Salamanca, al principio hablábamos, siempre poco. Los últimos diez días nada. Yo estaba allí sentado. Cuando me levantaba para irme me decía:

—Gracias.

La última noche le acerqué la palangana para que escupiera y le limpié la boca con una servilleta de papel. Me dijo:

—Gracias.

A las 6 de la mañana, pidió la comunión, que se la llevó el P. José Manuel Palacios Payno, ministro de la casa. A las 10:30 le administró la unción de enfermos el P. José María Vaca Nieto, espiritual de la comunidad. Siguió la ceremonia consciente y sereno. Diez minutos más tarde murió. El P. José María me llamó por teléfono. Le acompañé hasta que entraron los funerarios.